

Nuestras
actitudes
hacia los
diferentes están
en la base
de nuestra
interacción
social
con ellos.

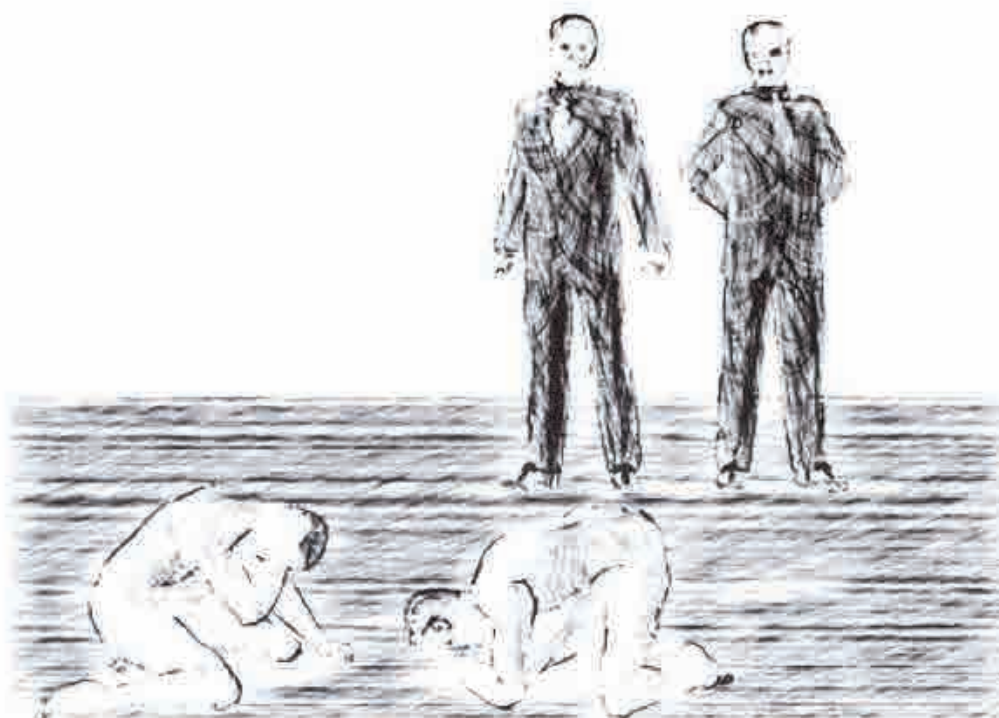
Educar en la solidaridad

Cesar García Rincón

Doctor en Sociología y Diplomado en Trabajo Social

Responsable del Dpto. de Trabajo Social de Ntra. Sra. del Revueco (Madrid)

Educar en el compromiso y la solidaridad hoy en día es lo claramente contracorriente. En una sociedad sutilmente orientada hacia un individualismo donde lo mío es lo primero y lo del otro "ya veremos...", hablar de poner al otro (necesitado) en el punto de mira de nuestra motivación y des-centrarnos un poco para salir a su encuentro, nos hace sentirnos a los educadores y formadores bajo el síndrome de quien "predica en el desierto". Intentar aplicar el necesario "freno moral" ante unos límites cada vez más blandos y franqueables sobre una pista resbaladiza en la carrera hacia la adultez, implica verdaderos proyectos de ingeniería tipo frenos ABS pedagógicos para que los chavales no patinen y se nos estrellen antes de haber podido poner en práctica sus talentos y potencialidades. Proponer hoy cierta demora de nuestras gratificaciones personales para atender primero las urgentes necesidades ajenas producto de la injusticia social, es como ponerle delante a un niño un dulce y un libro y pretender que lea el libro antes de comerse el dulce.



Crear espacios de lo posible y circunstancias favorables en el centro educativo

Afortunadamente siempre hay luces, pequeños destellos de esperanza que debemos aprovechar como espacios para la reflexión y la acción. Estas luces no siempre son visibles, pero están ahí y hay que descubrirlas. Por ejemplo, la encuesta de la Fundación Santa María sobre los jóvenes españoles (1999) puso de relieve, acerca de las actividades de ocio practicadas por los jóvenes, que sólo el 9,3% practicaban el voluntariado social, frente a unos porcentajes por encima del 90% que veían la televisión habitualmente, salían con los amigos o escuchaban música. Sin embargo, son un 57,2% los que afirmaban que les gustaría practicar el voluntariado. Esta discrepancia entre lo que me gustaría hacer y lo que realmente hago, nos debe plantear grandes interrogantes a los adultos, educadores y, en general, modelos de referencia para los más jóvenes.

En relación a lo anterior, cualquier ayispado empresario sabría, ante una necesidad o deseo latente que no llega a cristalizar, crear los recursos y estrategias para su satisfacción, atraer para sí a los jóvenes sedientos de identidad, expresión personal y reconocimiento social. No hay más que echar un vistazo a la publicidad dirigida a los jóvenes. En el caso del voluntariado, parece que no estamos acertando; parece que los educadores no terminamos de construir puentes y veredas transitables para el desarrollo y expresión de los valores humanos, o tal vez, que ese proceso nos implica a nosotros en el seno familiar y en la posterior socialización de nuestros hijos, y ese compromiso hace variar nuestros cómodos y postmodernos planes. Hace tiempo me preguntaba una experimentada trabajadora social si yo sabía dónde



«...educar en la solidaridad es enseñar a: pensar de otra manera, sentir afecto hacia el necesitado y desarrollar habilidades sociales y prosociales para ayudar...»

estaban los adultos, aludiendo a cierta invisibilidad social de los mismos. Se sabe dónde están los niños, los jóvenes, los ancianos, pero, ¿y los adultos? Hace unas semanas estuve un jueves por la noche en un centro de ocio, de esos con múltiples restaurantes y bares de copas, etc. La mayoría de los que allí estaban, según pudo observar mi mente de sociólogo, eran adultos a partir de los 40 años. Entonces me pregunté: ¿con quién están los hijos?

Un programa de Educación Prosocial durante la enseñanza media, que incluya la posibilidad de ejercitarse en los valores de ciudadanía y compromiso social mediante el voluntariado, constituye un itinerario social en el sentido de crear "espacios de lo posible" o "circunstancias favorables" en las

que los jóvenes puedan realmente expresar sus valores y aspiraciones (lo que me gustaría hacer) y experimenten cierta coherencia con lo que "realmente hago" porque (y perdón por el juego de palabras) si lo que realmente hago es lo contrario de lo que me gustaría hacer, al final me lo acabo creyendo, y lo que me gusta hacer es lo que realmente hago de forma habitual, ya que no es fácil vivir en permanente disonancia.

El razonamiento anterior nos aproxima a las bases pedagógicas de la educación en la solidaridad, que están en el concepto de actitud. Nuestras actitudes hacia los diferentes (emigrantes, sin techo, presos, drogadictos, menores en desventaja, mayores) están en la base de nuestra interacción social con ellos. Pongamos un ejemplo ante una conducta como apalear a un pobre mendigo o una indefensa inmigrante; hay en quien la ejercita, *un pensamiento* (este negro-inmigrante de mierda es inferior y encima nos quita el trabajo), *un sentimiento* (me produce asco verlo/a, me siento ansioso y tenso), *una predisposición a la acción* (deseo liberar esa tensión; ese impulso a actuar conforme a lo que pienso y siento), *unas circunstancias* (me siento fuerte y capaz de hacerlo, me acompañan cuatro amigos, hemos tomado un botellón y brindado por nuestros ideales, no nos ve nadie) y *la conducta final* (le dan una brutal paliza). Cuando las circunstancias son favorables, las conductas llevadas a cabo se expresan coherentemente con la secuencia actitudinal *pensar-sentir-hacer*. La solidaridad significa lo contrario de lo expuesto hasta aquí: es una forma de *pensar con el otro* (tener en cuenta su realidad y su punto de vista), es una forma de *sentir con el otro* (ponerse en su lugar, simpatizar y empatizar con él) y es una forma de *hacer con el otro* (ayudarlo a que se ayude a sí

mismo, darle la caña en lugar del pez). Es importante señalar que digo "con el otro" y no "para el otro" o "por el otro". *Con el otro* implica que él es el protagonista de su proceso de liberación personal, ayudar *para el otro* nos pone a nosotros en el centro del escenario: prosocial (donde debe estar el otro), lo que hace del otro un ser dependiente de la ayuda de forma que, cuando ésta desaparece, no sabe seguir sólo. Por tanto, educar en la solidaridad es enseñar a: *pensar de otra manera, sentir afecto hacia el necesitado y desarrollar habilidades sociales y prosociales para ayudar porque, no basta con hacer el bien, hay que hacerlo bien.*

La familia: primera escuela de solidaridad

La primera escuela de solidaridad está en la familia, esa micro-sociedad afectiva que constituye la célula básica de la sociedad y, como tal, cuando enferma, todo el cuerpo social acaba sufriendo las consecuencias. Por poner un pequeño ejemplo histórico, cuando los niños alemanes alejados de sus familias durante la primera guerra mundial volvieron huérfanos a la

"...los niños que tienen responsabilidades en casa, cuya conducta depende directamente del bienestar de los demás, son luego más prosociales que aquellos a los que se lo dan todo hecho..."

Alemania de la posguerra, su necesidad de un referente paternal fue uno de los aspectos importantes que propició el triunfo de Hitler y del nazismo. Yo provengo de una familia de seis hermanos y recuerdo que en mi casa siempre había pegada en la nevera la típica lista de tareas domésticas por semanas en la que cada uno se iba encargando cada día de una cosa. Casi siempre se llegaba justo de recursos a fin de mes, no teníamos dinero para pagar una asistenta y, ciertamente esa circunstancia favoreció el aprendizaje del compromiso. Años más tarde, investigando sobre la conducta prosocial, hete aquí que me encuentro con que los niños que tienen responsabilidades en casa, cuya conducta depende directamente del bienestar de los

demás (recoger y poner la mesa, hacer la compra, cuidar de los hermanos pequeños, etc) son luego más prosociales que aquellos a los que se lo dan todo hecho y se pasan el día viendo la televisión o jugando con la consola. Que la sociedad actual es, por extensión cuantitativa y cualitativa, el reflejo de la familia que tenemos, constituye una verdad casi de perogrullo y no hace falta ser un experto analista social para darse cuenta de ello. De ahí la importancia de que familia y escuela (padres y profesores), como agentes de socialización, trabajen conjuntamente en la formación de la persona. Yo defiendo que los padres que matriculan a un niño/a en un colegio, estén obligados (como mínimo moralmente) desde ese momento a "educar a su hijo/a con el colegio", incluso creo que debe firmarse en un papel. Hace poco comenté esto en una comisión de expertos sobre la Significatividad de la Escuela Católica: unos asienten, otros se extrañan, pero nadie toma nota.

También los niños que son educados desde el razonamiento sobre sus conductas, el afecto y calidez de los padres, los límites claros y de acuerdo entre los dos cónyuges, el diálogo constante acerca de sus experiencias y vivencias, son más prosociales que aquellos que son constantemente sermonizados, castigados sin explicación, peloteados en el sentido ping-pong (lo que diga tu padre, lo que diga tu madre, aunque tu madre piense que... yo digo que...) o, todavía peor, los que son utilizados para hacer daño al otro cónyuge. Incluso a la hora de "sancionar" también se puede fomentar la prosocialidad, en dos sentidos. Primero, el razonamiento que hagamos sobre la conducta infracción en cuestión debe destacar las consecuencias de la misma: "para los otros", no "para el niño", ya que en este último caso le estamos culpabilizando y condenando (recuerden



aquella bella desiderata pedagógica "si un niño vive condenado, aprende a condenar..." titulada *los niños aprenden lo que viven*). Cuando destacamos las buenas-malas consecuencias de nuestra conducta para los demás, estamos fomentando la empatía (ponerse en lugar del otro) y la sensibilidad hacia el otro, bases fundamentales del compromiso y la solidaridad. En segundo lugar, propongo un tipo de "sanción por valores", en el sentido de aprovechar el conflicto socio-normativo como oportunidad pedagógica para "restaurar el valor quebrantado", lo cual exige una reflexión previa con el niño/a o adolescente y buenas dosis de creatividad para que la propia sanción suponga una experiencia de aprendizaje.

De la movilización cognitiva a la movilización participativa: el voluntariado como expresión de solidaridad

Volviendo a la juventud-adolescencia, la educación en la solidaridad tiene su máxima expresión en el voluntariado, es decir, no debe quedarse sólo en las aulas con la excusa de que todavía no tienen 18 años; muchas asociaciones y proyectos admiten voluntarios desde los 16 años, incluso he visto alguna Ley de Voluntariado que lo contempla, precisamente por su valor de aprendizaje. No debemos quedarnos sólo en la movilización cognitiva (ideas, conciencias), que es uno de los peligros de la modernización de la solidaridad, sino que se ha de dar el paso fundamental a la movilización participativa (la práctica de la solidaridad en proyectos de voluntariado). El voluntariado en los centros educativos es para muchos jóvenes la primera experiencia donde ofrecen, expresan y ponen a prueba todo lo que han aprendido acerca de los valores humanos. Dichas experiencias de voluntariado que, como he comentado, van en aumento y prueba de ello son las referencias en la Ley de Calidad, están necesitadas de guías didácticas y orientaciones para hacer el acompañamiento de los alumnos a modo de "cuadernos de viaje" que les ayuden a reflexionar sobre su experiencia y a interiorizar sus vivencias.

A lo largo de mi experiencia profesional durante 13 años acompañando alumnos de 1º bachillerato y voluntarios en una ONG he elaborado un "Cuaderno de Viaje para Acompañar Experiencias de Voluntariado Social" que intenta cubrir esta necesidad que comento. Hay muchos materiales para trabajar valores, actitudes, análisis de la realidad social, en el aula (la movilización cognitiva que he comenta-

do), pero son contados con los dedos de la mano los que hay para acompañar la experiencia de voluntariado (la movilización participativa). Este sencillo libro-manual, se presenta con un lenguaje claro y cercano, y con buenas dosis de creatividad, incluyendo sencillos ejercicios y auto-evaluaciones, de forma que lo convierten en un imprescindible "compañero de viaje" auto-reflexivo y formativo. Comienza por definir y situar el horizonte de la justicia y el camino de la solidaridad. Luego hablamos de la mochila del voluntario, en la que no deben faltar tres cosas: unas gafas de la solidaridad, una brújula de la justicia y una caja de herramientas del sur. Con estos tres símbolos se trabajan de forma creativa temas como la percepción interpersonal (estereotipos, primeras impresiones), las motivaciones (heterónomas-autónomas), los dilemas del voluntario (valores como criterios de decisión) y las habilidades sociales en la relación de ayuda (escucha, comunicación verbal y no verbal, asertividad, inteligencia emocional y trabajo en equipo). Finalmente el libro propone una serie de etapas por las que va pasando el voluntario en su proceso, invitándole a reflexionar e ir profundizando en la realidad social progresivamente: 1) Buscando nuestro sitio (¿quién elige a quién?), 2) Los primeros pasos de la solidaridad (por las calles del sur), 3) Explorando la realidad (miramos desde el otro), 4) Perforando la realidad (las estructuras de la pobreza) y 5) Creando cultura (hacia un estilo de vida solidario).

Cuaderno de Viaje para Acompañar Experiencias de Voluntariado Social

Autor: César García-Rincón. Colaborador: Carlos Hernández Fernández.

Edita: Homo Prosocial (ONG para el Fomento de la Cultura y la Prosocialidad). Madrid, 2003.

Pedidos: Distribuciones Asenjo, S.L. c/ Pilar de Zaragoza, 37.

28028 MADRID Tel: 913559647.

E-mail: pedidos@asenjo@terra.es

Librerías: La Casa del Libro. Web: www.casadellibro.com ■

Cuaderno de viaje para acompañar experiencias de voluntariado social



ISBN: 84-830-0000-1 (2003)